

Y entonces ese ruido me despierta con un sobresalto, es un rechinar áspero que raspa con rabia contra el casco del barco. Se ve que me he quedado dormido sobre unas lonas en la sala de máquinas y el ruido, que se origina afuera pero lo invade todo aquí adentro, me ha despertado. Se replica el ruido, y ahora también a estribor algo raspa, rasca, arrastra. Estoy solo, no hay nadie a la vista, parece que todos están donde el ruido, o que todos son el ruido, como si el ruido se los hubiera tragado, a ellos, a los otros, no a mí que ahora me incorporo, y estoy bien, y aliso el overol con las palmas de las manos algo engrasadas, me agacho, agarro las lonas, las enrolló y las saco del medio. Tengo que decir que después de la descompostura de hace unos días me siento mejor, mucho mejor. El ruido sigue, pero el oído se va acostumbrando y empieza a distinguir otros sonidos, otra realidad fuera del ruido: alguien está entrando, alguien que todavía no es más que el golpeteo de unas botas descendiendo por la escalerilla metálica hasta tocar el piso; me acerco a la puerta de la sala de máquinas y compruebo que ese alguien es ahora un cuerpo que gira y comienza a venir hacia popa, una cara que se va haciendo más definida hasta tomar los rasgos de Soria, un buen chico Soria, con mucha voluntad; otras botas, mientras el ruido raspa, raspa, raspa, descienden ahora por la escalerilla; entonces Soria se detiene, se da vuelta hacia el que viene detrás, ¿cuándo empezaron?, creo que le pregunta; hace un rato, contesta el otro con una voz que parece la de Albaredo mientras termina de descender; ¿y con qué los sacan?, continúa preguntando Soria con una intensidad que trata de sobreponerse al ruido que ruge y retuerce y rompe; con unos chapones, le informa el otro a la vez que ambos avanzan hacia la sala de máquinas; estilo argentino, agrega, buzos con snorkel, chapa y a raspar, a mano nomás, y a pulmón. Rasca, raya, rasguña el ruido. Son unos bichos jodidos los dientes de perro, se incrustan tanto que no salen así nomás, explica Albaredo. Y yo creo que aún no me han visto así que Soria sigue preguntando: ¿y por qué el apuro, si hace años que están? No sé, se apresura a responderle el otro, vino la orden y hay que cumplirla. Ahora se escucha el repiqueteo de otras botas y otras botas y otras voces y yo me vuelvo a la sala de máquinas y me quedo pensando en los dientes de perro agarrados a la chapa como si fueran la chapa misma, haciendo que el barco pese demasiado, se ponga lento y pese, pese, y el casco se estropee y no resista toda la presión que tiene que resistir cuando tenga que sumergirse a profundidad, todo porque a alguien se le ocurrió construir ese rompeolas y no previó que, al cambiar la corriente del mar, el casco del submarino iba a llenarse de esos bichos; tampoco se planeó con tiempo llevarlo a dique seco para hacer la limpieza como corresponde, quién sabe por qué se les habrá dado ahora por... raspa el ruido, raspa hasta el hartazgo, raspa y aturde. Se agarran los dientes de perro, como perros rabiosos a la carne viva, como el ruido a mis oídos, muerde, muerde, restalla. Muerde.